



Javier San José

La prosa literaria de fray Luis de León

Cuando Marcel Bataillon escribía en 1937 a propósito de fray Luis de León, que todavía no se había situado bien al hombre y a su obra en el desarrollo de la espiritualidad española, pensaba en el papel desempeñado por el agustino en el desarrollo del humanismo cristiano de corte erasmista¹. Mucho se ha escrito desde aquella fecha sobre la figura y la obra de fray Luis². Mucho bueno, como las obras de quienes hoy me acompañan en esta mesa. Y mucho queda aún por escribir para descubrir al fray Luis integral, para desentrañar la complejidad de aquel hombre de quien, como escribía Menéndez Pelayo citando a Salustio, «más valiera callar que decir poco»³.

Situar la prosa literaria del agustino en su contexto y aportar algunas de las claves estilísticas que la vertebran será mi propósito en esta ponencia.

El pensamiento luisiano parte, como ha señalado con acierto Saturnino Álvarez Turienzo⁴, de un claro principio de utilidad, de la Escritura, directamente emparentado con San Agustín: la Biblia es la cumbre de todo el conocimiento teológico, y en ella se puede encontrar todo lo que conviene a los hombres⁵. Así lo expresa el agustino en *La perfecta casada*:

En las cuales [las Sagradas Letras], como en una tienda común y como en un mercado público y general, para el uso y general provecho de todos los hombres, pone la piedad y sabiduría divina copiosamente todo aquello que es necesario y conviene a cada estado.⁶

Esta concepción de la Escritura se integra en un programa de reforma de la vida del hombre, una *emendatio vitae*, que pasa por un enriquecimiento de su espiritualidad a través del conocimiento de los textos sagrados, y que

es el que articula coherentemente todo el pensamiento escriturario de fray Luis de León.

La atracción de fray Luis por la Biblia se nos muestra desde su período de estudiante y determina los pasos que el agustino sigue en su formación. Si fray Luis elige para continuar su carrera la Universidad de Alcalá, es porque allí los estudios bíblicos, están más desarrollados y los maestros rodeados de la aureola de prestigio que remite a la gran empresa bíblica del Renacimiento español, la Políglota Complutense⁷.

La Biblia es también lo que impulsa la actividad académica del agustino como profesor de la Universidad salmantina. La cátedra de Sagrada Escritura es, y no por casualidad, la primera por la que concursa en 1560 y pierde en favor del que luego será su amigo y compañero de infortunio en las cárceles inquisitoriales de Valladolid, Gaspar de Grajal. Y con la obtención de esa misma cátedra en 1579, en cerrada lucha con el dominico Domingo de Guzmán, culmina su carrera universitaria⁸. Entre el fracaso del 1560 y el éxito de 1579, fray Luis ocupa diversas cátedras desde las que se prepara para la mejor comprensión de la Escritura, pues, como escribe en *De los hombres de Cristo a propósito de la Teología*:

de la qual, como se entiende, el principio son las questiones de la Escuela, y el crecimiento la doctrina que escriben los sanctos, y el colmo y perfección y lo más alto della las letras sagradas, a cuyo entendimiento todo lo de antes, como a fin necessario se ordena⁹.

En 1561 gana la cátedra de santo Tomás; de regreso a la Universidad tras el período de cárcel en Valladolid (1572-1576), fray Luis renuncia a la cátedra de Durando, que había ganado en 1565, y para la que fue reelegido en 1569 y ocupa una de Teología escolástica (enero de 1577), que la Universidad dota especialmente para él. Por último, obtiene en agosto de 1578, la cátedra de Filosofía Moral¹⁰.

Su peregrinación por todas estas cátedras no es más que un ascenso en busca de la culminación académica deseada desde el primer momento: la cátedra de Biblia. El mismo fray Luis señala, en su discurso de oposición de 1579, cómo su máxima ocupación, aún sin ocupar cátedras de Biblia, fue declarar la Escritura:

Las cátedras que he tenido de 20 años a esta parte no han tenido nombre de cátedras de Escripura, pero en lo que he leído en ellas, he declarado y enseñado mucha Escripura, como es notorio a mis oyentes [...] Mis cátedras tenían nombre de teología escolástica y en cualquier ocasión que se me ofreció, fue sagrada escriptura lo que leí en ellas¹¹.

La Biblia, a la luz de esta declaración, aparece como una constante preocupación en la vida académica de fray Luis. La creación prosística luisiana que surge como consecuencia de su actividad académica, o se relaciona directamente con ella, tendrá, por lo tanto, el mismo referente contextual. La Biblia constituye el terreno abonado sobre el que se siembra la obra literaria del agustino. Y no sólo su obra en prosa, castellana y latina, sino también gran parte de su poética tiene como

referente mediato o inmediato, el texto bíblico¹². No solamente la parte tercera, dedicada a la traducción de textos sagrados (Salmos y Job), sino buena parte de la producción original no puede entenderse sin los textos bíblicos de referencia, y no sólo en cuanto a citas textuales o ecos más o menos perceptibles, sino en algo más entrañado en el proceso de creación como es la elección de temas y el propio mecanismo de configuración poética, en estructuras e imágenes concretas¹³.

Pero es en la prosa donde la vinculación bíblica es más inmediata. Dejando aparte la obra latina, las obras en prosa castellana presentan sus fundamentos bíblicos desde diversos planteamientos: la exégesis literal, siguiendo los métodos de mayor raigambre humanista, en la Traducción y declaración del Cantar de los Cantares y en la Exposición del Libro de Job; la exégesis tropológica o moral en *La perfecta casada*, presentada en forma de tratado moral, pero que, no se olvide, es en realidad un comentario del sentido ético del capítulo último de los Proverbios: en fin, la paráfrasis explicativa, en forma de diálogo renacentista, de lugares bíblicos referentes a los nombres de Cristo, en la obra de este mismo título.

El acercamiento a la Escritura en la obra en prosa de fray Luis se hace desde presupuestos profesionales y científicos, pero su intención es facilitar el conocimiento del caudal divino de la palabra sagrada para la perfección en la virtud, pues ese es, y no otro, el oficio del exegeta:

mi oficio será presentar a Vmd. esta imagen que he dicho, labrada por Dios, y ponérsela delante la vista y señalarle con las palabras como con el dedo, cuanto en mí fuere, sus hermosas figuras con todas sus perfecciones, y hacerle que vea claro lo que con grandísimo artificio el saber y mano de Dios puso en ella encubierto¹⁴.

Para conseguir esa transmisión completa y eficaz de la Biblia, no duda fray Luis en permeabilizar el rigor formal del género exegético, filtrando moldes genéricos provenientes de la creación romance¹⁵. Así, si *De los nombres de Cristo* se nos presenta en forma de diálogo renacentista, y *La perfecta casada* en forma de epístola moral, los dos grandes comentarios literales gravitan hacia la égloga pastoril (en el Cantar de los Cantares)¹⁶ o hacia el drama (en el Libro de Job). Además, fray Luis escribe esos comentarios en romance, rompiendo lo que se ha llamado la «servidumbre del latín»¹⁷, y no un romance cualquiera, como veremos después, movido también por el deseo de eficacia comunicativa del mensaje divino.

La exégesis bíblica, como actividad profesional ejercida por profesores universitarios, se convierte en el siglo XVI en un género escolar, destinado a estudiantes, teólogos, y, en parte, a filólogos¹⁸. Su propio ámbito, además de las prohibiciones posteriores surgidas a la sombra de Trento, explica el hecho de que se cultive casi exclusivamente en latín. El empleo del romance en sermones y tratados de espiritualidad, tolerado y fomentado por Trento para la eficacia de la labor apostólica, contrasta con el freno que, como consecuencia de la estricta aplicación de las disposiciones conciliares, se impone a la traducción y declaración de la Biblia en vulgar¹⁹.

La utilización del romance en la exégesis bíblica en el siglo XVI es un hecho de similar importancia al de su utilización en cualquier otro ámbito del saber; más importante, si cabe, porque supone la incorporación a la literatura nacional de una parcela del saber tradicionalmente reservada al ámbito universitario. El proceso es lento, y durante todo el siglo XVI y aún el XVII, los estudios bíblicos se desarrollan en su mayor parte en latín. Sin embargo, fray Luis opta con criterio de humanista, por el romance para su labor exegetica²⁰. No podía ser de otra forma, dado el programa de difusión de la Escritura que fray Luis se propone y que defiende en la Dedicatoria al Libro I de *De los nombres de Cristo*:

Notoria cosa es que las Escripturas que llamamos Sagradas las inspiró Dios a los prophetas que las escrivieron para que nos fuessen, en los trabajos desta vida consuelo, y en las tinieblas y errores della, clara y fiel luz; y para que en las llagas que hazen en nuestras almas la pasión y el peccado, allí, como en officina general, tuviésemos para cada uno proprio y saludable remedio. Y porque las escribió para este fin, que es universal, también es manifesto que pretendió que el uso dellas fuesse común a todos, y assí, quanto es de su parte, lo hizo, porque las compuso con palabras llaníssimas y en lengua que era vulgar a aquellos a quien las dio primero²¹.

En consecuencia, es obligación del exegeta profesional y del moralista cristiano, transmitir ese contenido redentor de la Escritura:

los buenos ingenios en quien Dios puso partes y facultad para semejante negocio [escribir sanas doctrinas que despierten las almas a la virtud], tienen obligación a ocuparse en él, componiendo en nuestra lengua, para el uso común de todos, algunas cosas [...] como nascidas de las sagradas letras o como allegadas y conformes a ellas²².

Solamente desde este contexto bíblico y desde estos propósitos de difusión eficaz, adquiere pleno sentido la labor creativa que fray Luis de León lleva a cabo en su obra y el hecho, indudable, de que ponga en juego todo su conocimiento retórico y su intuición poética para el desarrollo de una prosa que alcanza en manos del agustino cotas insuperables de perfección formal²³.

Y es que la eficacia expresiva no puede conseguirse con una lengua descuidada, «decaída», y «como se habla en el vulgo», cuando es evidente, al menos para fray Luis, que «el bien hablar no es común, sino negocio de particular juyzio», el que incumbe a «los sabios y los graves y los naturalmente compuestos», que no soportan «lo que se escribe mal y sin orden»²⁴. La voluntad de estilo de fray Luis es evidente a la luz de las repetidas palabras de la Dedicatoria al Libro III de *De los nombres de Cristo*. Con frecuencia se glosan esas palabras insistiendo en el carácter innovador de la creación prosística luisiana («yo confieso que es nuevo y camino no usado por los que escriben en esta lengua»), o en la labor consciente y reflexiva («porque no hablo desatadamente y sin orden, y

porque pongo en las palabras concierto, y las escojo y les doy su lugar»). Sin embargo, no siempre se ha sabido ver en ellas la expresión clara de unos principios retóricos clásicos que son precisamente los que fray Luis aplica a su creación:

1) El orden en la composición:

... porque no hablo desatadamente y sin orden, y porque pongo en las palabras concierto, y las escojo y les doy su lugar.

2) La claridad y propiedad en la expresión:

... para que no solamente digan con claridad lo que se pretende dezir...

3) La belleza fónica y rítmica de la prosa:

... de las palabras que todos hablan, elige las que convienen, y mira el sonido dellas, y aun cuenta a vezes las letras, y las pesa, y las mide y las compone...

Los tres elementos clásicos constituyentes de la prosa luisiana habían sido señalados ya por el P. Manuel Vidal, que elogia el estilo de su compañero de Orden porque «ninguno le ganó en suavidad, propiedad de voces, bella estructura de períodos i claridad en la expresión de los conceptos»²⁵.

Los tres podemos remitirlos a la elaboración de la frase según la preceptiva retórica clásica. Dice Cicerón:

¿Qué mejor forma hay de escribir, que en latín correcto, claro y elegante?²⁶

Los términos utilizados por Cicerón, *latine*, *plane*, *ornate*, se corresponden básicamente no sólo con el programa de creación de la prosa que fray Luis expone en la Dedicatoria tantas veces aludida, sino también con la realización concreta de ese programa en sus obras. Nada mejor para comprobarlo que sorprender a fray Luis de León trabajando en su celda, en su taller de creador, corrigiendo una y otra vez los textos que escribe hasta conseguir la expresión justa. Las tres tendencias esenciales de corrección estilística que muestra la prosa de fray Luis, y que he podido comprobar tanto en el examen de las variantes de autor del manuscrito autógrafo de la Exposición del Libro de Job²⁷, como en el cotejo de los fragmentos corregidos de *La perfecta casada* en las ediciones de 1583 y 1586²⁸, son la búsqueda de la claridad (*plane*), la búsqueda de la precisión léxica (*latine*) y la búsqueda de la elegancia a través del adorno elocutivo (*ornate*).

En Fray Luis, la claridad expresiva se consigue mediante la cuidada disposición de los elementos de la frase, evitando repeticiones no rítmicas, anacolutos, anfibologías, etc., y buscando siempre una simplificación de las estructuras. Esta tendencia, que podría ponerse en relación con el principio de naturalidad propugnado como ideal de época

por Valdés, entra en confluencia con el principio de selección, tampoco alejado de los ideales renacentistas. En este punto, se constata en la prosa de fray Luis una potenciación de las conexiones entre las palabras a través de figuras verbales: antítesis, paralelismos, anáforas, quiasmos, repeticiones, asíndeton, polisíndeton, isocolon, etc., que contribuye poderosamente al ritmo de la frase, generando un auténtico ritmo semántico. De esta forma, naturalidad y selección se dan la mano en equilibrio renacentista.

El perfecto control en la composición se manifiesta en el especial uso que hace de los cultismos sintácticos: raramente serán gratuitos, por una pueril imitación del período latino, sino que casi siempre responden a motivaciones relacionadas con la estructuración rítmica del período. Así por ejemplo, las construcciones de infinitivo concertado se producen con frecuencia en fragmentos en que la abundante subordinación supone una excesiva repetición de la conjunción que, que se desea evitar. La tan comentada colocación del verbo al final del período²⁹ se produce en fray Luis de León respondiendo a una necesidad rítmica o estructural concreta, que puede ser una mejor disposición acentual o la creación de un paralelismo, nunca por puro capricho latinizante. Se ajusta así a la norma que establece Juan de Valdés en su Diálogo de la Lengua:

no pongáis el verbo al fin de la cláusula quando él de suyo no se cae, como hazen los que quieren imitar a los que scriven mal latín³⁰.

En cualquier caso, no podemos negar rotundamente la utilización de los cultismos sintácticos en la prosa de fray Luis, como paradigma de la prosa renacentista española, sino que se trata de reinterpretar su funcionalidad.

Por lo que respecta a la selección léxica («y las escojo y les doy su lugar...») para conseguir una expresión clara, debe ponerse en relación también con la preceptiva retórica, que se puede resumir en las siguientes palabras de la Retórica Eclesiástica de fray Luis de Granada:

Pero como con frecuencia muchas palabras significan lo mismo, lo que llamamos sinonimia, hay que elegir las más apropiadas y las mejores.³¹

La preocupación por los valores expresivos del lenguaje, por la claridad de su significado, por determinados valores estilísticos (por ejemplo en la elección de arcaísmos, sintomático es el uso de términos con f-, el mismo procedimiento que utilizará Cervantes para caracterizar el lenguaje arcaizante de don Quijote, o hebraísmos en la traducción de textos sagrados), muestra a un fray Luis atento también en la práctica a cuanto se deriva de la elección de las palabras. Un síntoma manifiesto de esta preocupación afecta a otro de los rasgos considerados típicos de la prosa del renacimiento, las parejas de sinónimos. En fray Luis no faltan construcciones bimembres; sin embargo, se muestra en la segunda redacción de La perfecta casada, la de 1586, una tendencia clara a la simplificación de esas estructuras (algo que, por otra parte, ya había sido señalado por

Menéndez Pidal³²), mientras que en la Exposición del Libro de Job, obra terminada en 1591, los términos implicados en la construcción bimembre son, con no poca frecuencia, no sinónimos, sino complementarios. Se produce así en la prosa de fray Luis de León una cierta innovación y un avance hacia una nueva manera de escritura, más conceptista. Se mantiene fiel a la «arquitectura ciceroniana de frase, repartiéndola en miembros contrapesados», como señala Rafael Lapesa³³, pero el pensamiento no se remansa en la pareja de sinónimos, que no es, por lo tanto, una pareja estática, sino que continúa avanzando en el nuevo término propuesto, produciendo una pareja dinámica desde el punto de vista semántico³⁴. Por último, fray Luis cumple con el programa de creación prosística esbozado en la Dedicatoria al Libro III de De los nombres de Cristo, atendiendo al adorno elocutivo de la frase. En este aspecto no cabe duda de que el interés de fray Luis se inclina por uno de los objetivos ornamentales que la retórica le ofrece: el ritmo. A él se refiere fray Luis cuando escribe «que es nuevo y camino no usado por los que escriben en esta lengua poner en ella número, levantándola del descaymienio ordinario». El número, cultismo léxico que reproduce el *numerus* latino, no es otra cosa que el ritmo, como mostró no hace mucho Fernando Lázaro³⁵. En fray Luis procede directamente de la teoría recogida en el Orator ciceroniano, pero se enriquece con aportaciones bíblicas, (recuérdese el versículo 21 del cap. XI de Sabiduría, *omnia in mensura el numero el pondere disposuisti*) pitagóricas y agustinianas (del Agustín del tratado *De ordine*, la auténtica estética agustiniana), adquiriendo así una dimensión trascendente, desatendida en general, y que articula el recurso retórico en todo el sistema de armonía universal que constituye el cosmos luisiano.

Se ha señalado que el ritmo de la prosa de fray Luis se consigue mediante la dispositio, la disposición armónica de las estructuras en el período³⁶. Efectivamente, hay en fray Luis un control riguroso del orden de los elementos dentro de la frase. Sin embargo, la novedad que fray Luis reclama para su procedimiento no estriba en esa composición, ya experimentada entre otros por fray Antonio de Guevara³⁷, sino en la disposición acental, que se manifiesta como una de las grandes preocupaciones estilísticas del agustino. Contar las letras, pesar las palabras y medirlas, que es el procedimiento que fray Luis confiesa seguir, tiene exactamente ese sentido de control de los acentos para, mediante la combinación de sílabas tónicas y átonas, conseguir esa armonía formal que pretende ser espejo de una armonía cósmica trascendental, de un universo ordenado con proporciones divinas:

Que si crió a todas las demás cosas con orden y si las compuso entre sí con admirable harmonía no dexó al hombre sin concierto, ni quiso que uiuiesse sin ley, ny que hiciesse disonancia en su música.³⁸

¿Qué procedimientos utilizaba fray Luis de León para conseguir esa armonía? Para Fernando Lázaro Carreter, ese era problema difícil de resolver, el más arduo para esclarecer la aportación del agustino a la prosa de arte española³⁹. Mediante el análisis de las correcciones llevadas a cabo en el manuscrito autógrafo de la Exposición del Libro de

Job y en la doble redacción de *La perfecta casada*, podemos concluir que la armonía de la prosa luisiana se consigue, ya lo he adelantado, mediante la combinación de pies métricos, reproducidos en castellano por sílabas tónicas y átonas. No podía ser de otra forma, ya que, como recuerda Cicerón, el ritmo de la prosa se consigue mediante procedimientos similares al de la poesía.

Así, la combinación de grupos dactílicos (-' -) y troqueos (-') en disposición armoniosa dentro de cada período, la utilización frecuente del dicoreo o doble troqueo (-' -') como cláusula final, la cláusula que Cicerón consideraba más frecuente en el período latino, son quizá los aspectos más llamativos del esfuerzo de fray Luis por organizar rítmicamente la frase castellana. La tendencia a suprimir los finales agudos en el cierre de miembros y períodos, pone en relación la prosa luisiana con su poesía, donde hay una total ausencia de rimas agudas⁴⁰. Fray Luis de León recurre con frecuencia a la dimensión similar de los miembros, lo que llama la retórica isocolon y juega en algunas ocasiones a provocar el mismo final entre esos miembros, lo que la retórica clásica llama homoeoteleuton⁴¹, sin caer nunca en el exceso. Curiosamente, isocolon y homoeoteleuton son los dos rasgos que para E. R. Curtius definen el estilo retórico de San Agustín⁴². Ambos se ponen en juego en muchas ocasiones para construir frases próximas al refrán, con las que fray Luis pretende dar un contenido universalizador a aquello que dice⁴³:

Que el hombre, como después se dize, el trabajo le es proprio, como al aue el buelo o como al fuego las centellas.

[fol. 31r]

el bien es breue escaso y los males muy largos.

[fol. 49r]

qual siembra tal coge siega

[fol. 57v] (Sebastián de Horozco: Quien siembra abrojos espinas coje)

el darse al afeyte, de ramera es y no de buena muger, como se vee claramente se vee (perfectamente XI).

porque contra lo mal aprendido es remedio el olvido (Perfecta, XVII)⁴⁴.

También afecta al ritmo el tratar de evitar la confluencia de sonidos en una secuencia, por hiato o cacofonía, o potenciar la relación semántica entre dos términos haciendo que coincida su colocación dentro de la frase, sobre todo si entre ellos existe alguna relación fónica⁴⁵.

No ajena a la consecución de ritmo de la prosa, está la necesidad de controlar los excesos en los que podía caerse al aplicar la distribución de sílabas tónicas y átonas, metricismos, consonancias y demás procedimientos rítmicos. Ya Cicerón establecía en su *Orator* que la prosa no debía ser *nec dissoluta nec tota numerosa*. Por no atender a este control de los procedimientos rítmicos, la prosa de fray Antonio de Guevara cae en la cantilena manierista que tan poco gustaba a un hombre del renacimiento como Coluccio Salutati⁴⁶.

Para valorar todos estos logros de la prosa, el único juez válido es el oído, la *voluptas aurium ciceroniana*, como el propio fray Luis anota en su *Exposición del Libro de Job*, al comentar el versículo 3 del cap. 34, fol. 393v:

ansí como el paladar tiene el gusto para el comer, esto es, tiene por officio gustando escoger o desechar lo que se deue comer, ansí el oydo attento es el que tiene el juizio y el gusto de las palabras, y el que differentia en ellas lo elegante y lo rudo.

La prosa de fray Luis de León, en fin, se urde en una rica trama de modelos expresivos, que van desde la literatura paramiológica a la predicación, pasando por la argumentación escolástica o el análisis filológico. Cada uno de estos modelos impone sus condiciones expresivas concretas, de forma que no se puede reducir la prosa de fray Luis a «dulces armonías» o «períodos rotundos», grave error de simplificación del que se resienten no pocos juicios acerca del estilo del agustino.

La sensación de armonía y de equilibrio que transmite la prosa luisiana, basada en la perfecta integración de ritmos y estructuras, son el punto de llegada de un proceso de esfuerzo continuado que nada tiene que ver con la espontaneidad:

porque las escrituras que por los siglos, nunca las ditta la boca: del alma salen, adonde por muchos años las compone y examina la uerdad y el cuidado.

[*Job*, VIII, 10; fol. 131v]⁴⁷

Por otra parte, y en conclusión, no podemos perder de vista el contexto bíblico del que partíamos para comprender y situar correctamente el esfuerzo creador de fray Luis de León. Tanto los recursos rítmicos, en los que me he detenido más por su peculiaridad, como toda la elaboración retórica que se manifiesta en el análisis de su prosa, están puestos al servicio del nuevo mundo espiritual cristiano, porque,

Al que razona concertada y prouechosamente, los oyentes, como inferiores y sujetos le oyen, y con la copia de sus palabras escogidas y bien puestas, cae en sus oydos dellos, y de los oydos passa al alma, y cría en ella juicios y voluntades, y mouimientos buenos y santos.⁴⁸

La pugna entre el teólogo y el poeta que conviven en fray Luis se resuelve en su prosa en síntesis perfecta de ambas figuras, con una tercera vertiente mediadora, que es la del humanista. El poeta se manifiesta en el exhaustivo esfuerzo creador, manejando las posibilidades expresivas del idioma hasta conseguir esa «difícil naturalidad» con que Cristóbal Cuevas ha caracterizado el estilo luisiano, y llevando la prosa castellana a las puertas de su más lograda madurez, que vendrá de la mano de aquel Cervantes que se declara admirador del agustino⁴⁹. El humanista impone una fundamentación retórica básica en el discurso. El teólogo busca transmitir de manera eficaz el caudal de sabiduría divina, y para ello recurre al humanista y al poeta.

Hombre, fray Luis, de múltiples facetas, que resume en sí todas las implicaciones del humanismo cristiano y las sintetiza como su máximo exponente. Teólogo, humanista y poeta se funden en ese fray Luis de León integral, paradigma del renacimiento español, en quien la Poesía se hace teología y la Teología arte literario.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario